



**"El saber de mis hijos  
hará mi grandeza"**

**Materia:**

Contexto Regional

**Actividad:**

Trabajo final: Historia familiar

**Alumno:**

Amaya Soria Angel Alberto

**Profesor:**

Mario Alberto Gomez Araujo

**Fecha:**

17/11/2025

Todo empieza en Torreón, Coahuila, allá donde el sol pega fuerte desde temprano y el polvo se mete en todos lados. Ahí vivían mis abuelos, Gregorio Amaya y Belem Saldivar. Torreón siempre fue de esos lugares donde la gente trabaja duro, donde nadie se queda sentado esperando a que la vida le llegue. Y mis abuelos no eran la excepción.

Mi abuelo Gregorio, desde chamaco, era de los que no podían quedarse quietos. Me cuentan que a los quince años ya andaba buscando en qué emplearse, y nunca tuvo miedo de meterle mano a cualquier cosa: cargar cajas, mover costales, ayudar en bodegas... lo que fuera. Pero, entre todos los trabajos que probó, hubo uno que de inmediato le gustó: manejar.

Al principio solo eran camioncitos chicos, ya sabes, de esos que hacen entregas alrededor de la ciudad. Pero cuando conoció la carretera de verdad—la grande, la que se pierde en el horizonte—ahí sí, como que algo se le acomodó en el corazón. Él decía que la carretera le daba paz, pero también le daba historia, porque cada viaje tenía algo que contar.

Fue así como terminó convirtiéndose en trailerero, y no cualquiera. No, mi abuelo era de esos que se sabían los tramos completos:

- Coahuila → Durango
- Durango → Chihuahua
- Chihuahua → Sonora

Si tú le decías “¿cuánto falta para llegar a tal punto?”, él te lo decía como si trajera un mapa tatuado en la cabeza.

ser trailerero antes no era como ahora. No había aire acondicionado en la cabina, no había GPS, ni música bonita toda la noche. No. Eran rutas largas, calorón, noches de silencio y puro instinto. Y aun así, él lo disfrutaba. Me contaba que lo que más le gustaba eran los amaneceres: ver cómo salía el sol sobre el desierto después de manejar toda la noche... que eso no tenía precio.

Mientras él se pasaba media vida arriba del tráiler, mi abuela Belem hacía lo que pocas personas pueden hacer bien: mantener un hogar sola, pero sin que se sintiera vacío. Ella era fuerte, organizada, paciente. Y además, muy sociable. Cualquier vecino que necesitara algo, ahí estaba ella. Dicen que una vez cuidó a tres niños de una amiga durante una semana entera porque la mamá tuvo que viajar, así no más, por ayudar.

Y cuando mi abuelo regresaba de la carretera, que a veces eran semanas fuera, Belem tenía todo listo: la casa barrida, la comida calentita y aunque estuviera cansada, siempre con una sonrisa. Él decía que su abrazo “le quitaba el cansancio de los kilómetros”.

Con el tiempo, los viajes de mi abuelo empezaron a cambiar. Ya no solo eran rutas entre ciudades conocidas; cada vez lo mandaban más hacia Sonora. Y ahí empezó algo curioso: cada vez que volvía de allá, venía diferente. Como más tranquilo. Decía que el desierto de Sonora “no era igual que el de Torreón”, que allá el aire se sentía más

limpio, que la gente era amable, que los paisajes eran amplísimos, de esos que hacen que uno respire hondo.

Y pues mira cómo es la vida: una de esas empresas sonorenses donde él trabajaba seguido le ofreció un empleo estable. Nada de viajes mal pagados o rutas improvisadas: trabajo fijo, mejores condiciones y una oportunidad para mudarse si quería.

Obviamente, tomar la decisión no fue cosa sencilla. Mis abuelos tenían toda su vida en Torreón: amigos, familia, recuerdos, costumbres. Pero también querían algo mejor para sus hijos. Y Gregorio siempre fue de los que decía “siempre hay que ir para adelante”. Así que después de muchas pláticas, noches pensándolo, cuentas para ver si sí convenía... pues llegaron al acuerdo:

Se iban a mudar a Sonora.

Y ahí empezó lo bueno.

Porque cuando una familia se muda, no es solo empacar cosas: es empacar historia, costumbres, olores, sabores... y un pedazo de uno mismo.

Dicen que mi abuelo cargó todo en un camión viejito que apenas y aguantaba, y que mi abuela se pasó dos días asegurando cajas con mantas porque no querían que nada se rompiera. Y sí, claro, llevaron las cosas lógicas como muebles y ropa... pero también varias cosas chistosas: macetas viejas, una radio que ya ni servía del todo, y hasta unas gallinas que Belem no dejó que se quedaran. “Son parte de la familia,” decía.

El viaje fue largo, caliente, incómodo... pero lleno de nervios y emoción. Y aunque la carretera parecía eterna, los dos sabían que iban rumbo a una nueva etapa, a una vida distinta.

Y así fue como la historia de la familia, que había empezado en Torreón, se encaminó definitivamente hacia Sonora.

En uno de sus viajes largos, le tocó pasar por La Rumorosa, ese tramo tan famoso entre Baja California y el resto del norte. Esa carretera es brava, de por sí: curvas peligrosas, viento fuerte y una vibra medio rara, como si el cerro mismo te estuviera mirando.

Era de madrugada, tipo tres o cuatro de la mañana, cuando mi abuelo venía bajando despacito por La Rumorosa. No traía prisa porque sabía que cualquier descuido ahí se paga caro. Mientras avanzaba, vio a un lado de la carretera a un hombre haciendo señas, como pidiendo aventón o ayuda. Vestía como chofer, con chaleco reflectante y gorra. Mi abuelo frenó porque él siempre ayudaba a quien podía, especialmente si era otro conductor.

Bajó un poco la ventana y el hombre le dijo:

—Hermano, ¿puedes avisar más adelante? Mi camión se quedó sin frenos y se fue para abajo.

Mi abuelo, medio sorprendido, le preguntó:

—¿Estás bien?, ¿dónde está tu camión?

El hombre solo levantó el brazo y señaló hacia abajo, hacia la oscuridad. Y Gregorio, que ya había manejado suficiente como para saber que ahí abajo solo había barranco, sintió un escalofrío raro. Pero igual le dijo que sí, que unos kilómetros más adelante avisaría.

Cuando Gregorio volteó tantito para ver mejor hacia el precipicio y luego volvió a ver al hombre...

ya no estaba.

Así, tal cual.

Ni ruido, ni luces, ni pasos. Nada.

Mi abuelo se quedó helado, pero siguió manejando. Pensó que a lo mejor el tipo se había movido rápido o se había hecho a un lado del camino. Aunque él mismo admitía que no había dónde esconderse ahí.

Total que siguió su camino, todavía con ese sentimiento incómodo en el pecho, y unos minutos después, al tomar una curva grande, vio luces intermitentes más adelante. Era una patrulla y un par de personas paradas al borde, alumbrando hacia abajo con lámparas.

Gregorio se detuvo y les dijo:

—Oigan, creo que más adelante se salió un camión. Un chofer me pidió avisar.

Y uno de los oficiales lo miró como con cara seria y le respondió:

—Sí... ya sabemos cuál es. Cayó hace rato.

Y luego agregó:

—El chofer... falleció en el accidente. No sobrevivió.

Ahí mi abuelo sintió como si se le hubiera cerrado el estómago.

Les describió al hombre que había visto minutos antes, y los oficiales se quedaron callados. Uno de ellos le dijo:

—Es la tercera vez que alguien describe a un chofer pidiendo ayuda aquí.

—Pero no hay nadie —dijo el otro—. Él no pudo haberte hablado.

Mi abuelo ya no dijo nada. Solo regresó al tráiler, se metió, cerró la puerta y se quedó ahí un rato tratando de procesar lo que había pasado. Después siguió su camino... pero desde ese día, cada que alguien le preguntaba por esa ruta, él solo decía:

“La Rumorosa no se pasa; se respeta.”

Y así fue como quedó esa anécdota en la familia: una historia que él no contaba seguido, pero cuando lo hacía, todos nos quedábamos callados, escuchando.

a historia de “la Y”, allá en la costa de Caborca, una que siempre me dejó pensando por lo fuerte que estuvo. Esa me la contaron mis abuelos, Gregorio Amaya y Belem Saldivar, y aunque ha pasado mucho tiempo, nunca se me ha olvidado cómo la describieron.

Resulta que en “la Y” había una iglesita chiquita donde mis abuelos ayudaban. Era de esas capillitas humildes, con bancas de madera y un altar sencillo, pero tenía un ambiente bien especial. No había misa todos los días, pero siempre había alguien limpiando, acomodando o rezando un rato. Ese día, mis abuelos andaban ahí, moviendo unas cosas y dejando el lugar presentable.

Y de repente, entraron cuatro muchachos cargando a una muchacha entre los brazos. Ellos eran jóvenes, de complexión fuerte, de esos que trabajan en el campo y traen brazo de verdad. Venían todos agitados, casi sudando del esfuerzo, como si la muchacha se resistiera. La tenían que sujetar de los brazos y de la cintura porque no dejaba de forcejear.

La chava lloraba y hablaba en español, diciendo que no quería estar ahí, que la dejaran ir, que algo la seguía, que “no la llamaran”, cosas así, todas revueltas. No parecía borracha ni drogada; parecía más bien desesperada, fuera de sí. Mis abuelos se quedaron sorprendidos, y Belem hasta dio un pasito para atrás del susto.

Los muchachos explicaron que la habían encontrado más arriba por la brecha, que estaba actuando raro y que ellos, siendo católicos y conociendo esa iglesia, pensaron en traerla “para que la ayudaran”. Lo que fuera que le pasaba, no era normal.

En cuanto entraron, la muchacha empezó a ponerse peor. Gritaba, lloraba, se jalaba el cabello. Y no importaba cuánta fuerza le metieran los cuatro, se les movía como si pesara la mitad, pero tuviera la fuerza del doble.

Mi abuelo Gregorio, que siempre cargaba su rosario, se les acercó sin miedo. No era sacerdote ni nada, pero era un hombre de fe profunda. Y cuando la vio, dijo que sintió algo en el ambiente, como una presión rara. No miedo, pero sí un peso extraño.

Entonces, Gregorio comenzó a rezar. Su voz fue tranquila al principio, pero firme, como él era.

La muchacha dejó de hablar en español. Pero no fue un cambio suave; fue como si la voz se le quebrara y luego saliera otra. Luego otra. Y luego otra. Cada una con un acento distinto, con un ritmo distinto, en idiomas que nadie reconocía.

Y lo peor no fue eso.

Mi abuela siempre decía que lo más impresionante fue que su cara empezó a verse distinta. No es que se transformara como en película, pero sí se “retorcía”, como si los gestos se deformaran, como si sus expresiones no fueran humanas. La mirada se le endurecía, la boca se le tensaba de maneras que no parecían naturales, los músculos de la cara se contraían como si algo adentro empujara.

Los muchachos seguían sujetándola, pero ahora sí estaban pálidos, porque cada vez que ella gritaba, ellos temblaban del esfuerzo para retenerla.

Mientras tanto, mi abuelo seguía rezando. Cada palabra que decía parecía incomodarla más. No era un enojo normal; era como si las voces que salían de ella reaccionaran, una por una, como si cada idioma respondiera al rezo.

Había momentos en que no entendía ni una sola palabra de lo que estaba diciendo la muchacha, ni siquiera el idioma que él mismo pronunciaba en su oración. Él decía que era como si la fe misma le hiciera llegar las lenguas del Espíritu Santo, y que cada palabra que salía de su boca tenía un propósito, aunque él no la comprendiera conscientemente.

Era como si algo dentro de él supiera exactamente qué decir, en el momento exacto, y cómo decirlo, para que la muchacha empezara a calmarse. Cada vez que él rezaba, la voz de ella cambiaba, se alteraba, pero luego parecía ceder poco a poco, hasta que finalmente se calmó del todo. Mi abuelo siempre decía: *“No sé qué idioma hablaba mi boca... pero la fe llegó donde tenía que llegar”*.

Y entonces, todo se desplomó de golpe.

La muchacha dejó de forcejear. Los cuatro la sostuvieron para que no cayera al piso. Su cara volvió a la normalidad como si nunca hubiera pasado nada. Abrió los ojos despacito y se puso a llorar... pero ahora un llanto normal, humano, con miedo y confusión.

Ahí fue cuando dijo

“Muchas gracias por lo que acabas de hacer por mi... no tengo como agradeceréte”

A la mañana siguiente mis abuelos salieron a primera hora de ahí, ya que la experiencia fue muy fuerte incluso para ellos que son personas muy creyentes

Después de que mis abuelos se asentaron en Sonora, más específicamente en **Caborca**, nacieron mis padres. Mi padre y mi madre crecieron en esa ciudad, rodeados de la vida tranquila de la región, la cercanía con la familia y la influencia de la fe que siempre caracterizó a los Amaya-Saldivar.

Mi padre, lamentablemente, falleció cuando yo apenas tenía **dos años**. Fue un golpe muy duro para todos, sobre todo para mi madre, que se quedó sola al frente de la familia. Afortunadamente, no estuvo sola del todo: mis abuelos, Gregorio y Belem, estuvieron ahí para apoyarla en todo momento. Con su ayuda, y su experiencia en la vida y en la familia, lograron que mi hermano y yo tuviéramos un hogar estable, lleno de cuidado, amor y disciplina.

Mi madre, con mucha fuerza y dedicación, se encargó de todo. Mis abuelos la apoyaban, dando lo mejor de ellos, enseñándonos valores, historias y tradiciones que todavía recuerdo con claridad. Gracias a ellos, crecimos rodeados de esa unión familiar, y esas experiencias marcaron quiénes somos hoy.